

Pedro Alfonso Morales

**El viaje a la infancia
Un siglo**

**(En homenaje de mi madre por sus
100 años)**

Colección: Narrativa





EL VIAJE A LA INFANCIA UN SIGLO

(En homenaje de mi madre por sus 100 años)

Pedro Alfonso Morales

Madre, vos que sos el siglo
de vida y tantas cosas y años,
tal vez debería contarte cuentos
orales como vos bien me contaste:
La María Sucia y la María Limpia;
El Vapor de Tierra, La Puerca
triz y La Miquita que fueron mis tesoros.

Rita Trinidad Ruiz Velásquez: la vida
comienza aquel 22 de mayo de 1920
y aún sigue este 22 de mayo de 2020.

Pedro Alfonso Morales.
Telica, 08 de abril de 2020.

0. Yo, la esencia de un suspiro

El viaje a la infancia es el homenaje a mi madre Rita Trinidad Ruiz Velásquez —22 de mayo de 1920— al cumplir sus cien años de vida aún lúcida y resistente al mundo. Ella, hija de Mónico Ruiz Sevilla y Pastora Velásquez Parra, tuvo once hijos: Catalina, María Baudelia, Abigaíl, y Emérita Ofelia Flores Ruiz de su primer matrimonio con Rosalío Flores Parrales. Sobrevive solo Catalina.

Ya viuda se casó con mi padre, Timoteo Morales Caballero, hijo de Pablo Morales Guido y Juana Caballero García, y nacimos: María Segunda, Pedro Pablo, Venancia Evelia, Virginia Elena, Cruz Alberto, Pedro Alfonso y Gabriel Morales Ruiz. Sobrevivimos: Evelia, Elena y yo. Debo agregar el nombre de Vidal Arbizú a quien reconozco como hermano por ser hijo de mi padre.

En un breve resumen de la descendencia de Rita Trinidad Ruz Velásquez, tenemos: 11 hijos, 23 nietos, 37 bisnietos y 11 tataranietos. La primera de sus hijas, Catalina, nació el 25 de noviembre de 1937 y, la última, su bisnieta Isabella Pérez Jirón, hija de Bellanira Jirón Flores, nació en Costa Rica, el 10 de febrero de 2020, siendo el tiempo entre la primera y la última de 83 años.

El 25 de mayo de 1992 escribí un artículo sobre cómo imaginaba yo fueron mis días en el vientre de mi madre antes de ver la luz en el parto de las 4 de la tarde del 13 de mayo de 1960. El artículo *Yo, la esencia de un suspiro*, se publicó el domingo, 07 de junio de 1992, en la página 4 de la sección *Foro de Lectores* del diario Barricada de Managua.

El artículo a que me refiero, lo copio literalmente como punto de partida del viaje a la infancia, sin más recursos que la memoria y el recuerdo de los hechos que no se borraron por intensos o fríos.

Yo, la esencia de un suspiro

Pedro Alfonso Morales

Ahora voy a hablarles del principio, de cómo era yo suspenso, imagen en el reposo, canción pensada, palabras sin artículos, beso compartido, materia y color en la sangre, la carne, el pensamiento y el horizonte de mi madre.

Yo era nada, a lo sumo la esencia de un suspiro; un glóbulo rojo navegando sin rumbo; el plasma circulando de norte a sur por muchos estrechos creíbles de mi madre; una idea caliente habitando en los sentidos; un simple gaseiforme deambulando en los pulmones.

Tal vez yo era un aire en el espacio de un universo de vísceras suspendido en el pectoral. Entonces al principio de mi vida era silencio; creo que era una pausa, porque apenas me rozaba el sonido del corazón de mi madre.

Sim embargo, vislumbraba el camino que tarde o temprano transitaban los amores. Y empecé a ser nervio, movible, ágil y fui voz de silencio verosímil, aunque inquieto, neutro, callado; observador del páncreas y la polisemia. Me sentía océano en beneficio de mis aguas y jugaba con la espuma como quien se quita un calcetín de leche.

Aunque en el primer instante debí ser alcohol, olor terrible de tabaco, agua vegetal, despojo humano y canción sonada en las victrolas los viernes por la tarde; o no sé si era sal, rumor, eclipse, furia de cabellos y fuego de metal, es decir, la invocación del resultado de la poesía.

Un día se juntaron todas las aguas, los suspiros, los gases, las ideas; las espumas y

las sales se encontraron; vinieron los glóbulos rojos, amarillos, verdes, blancos y negros; se unieron los eclipses y las noches, los alimentos y las vísceras, los rumores y las pausas.

Se fundieron todos los metales, los nervios, los imanes, las voces para crear palabras, los silencios, y la poesía se recalentó y se volvió vigorosa como un talle con ínfulas. Entonces yo me hice un gusano pegado, limitado y alimentado por el cordón umbilical en un mundo caminante con agua, riñones, sales y estrellas. Era el vientre caliente de mi madre, donde viví feliz durante doscientos setenta y dos días y noches completas, a mis anchas.

En verdad ni siquiera pensaba en el agua de los árboles, en la sal del agua ni en el azúcar de la caña y de Celia.

Sí sentía la ardua labor de mi madre en la cocina, en el alba que buscaba diario; tantas veces sentí su mano caliente rozando mi cabeza en su vientre. Ella era mi primera cátedra, mi luz

Pero yo tampoco imaginaba la techumbre cotidiana ni la tierra sin árboles, sin aguas y sin protectores. Por lo que había vivido creía en el maíz y en mi madre nada más. Y Dios, viendo mi inocencia, se reía conmigo. Los dos sin querer teníamos el rostro de la angustia y el golpe de la impaciencia.

Entonces surgieron miles de gorriones hambrientos que empezaron a clavarnos la mirada con martillos sin clemencia: me empujaron y me expulsaron del vientre amado de mi madre aquella tarde del trece de mayo de 1960. Y a pesar de que el Sol moría, para mi madre nacía.

Yo vi la luz y ni siquiera pensé ni sabía lo que eso significaba para mi madre. Di mil alaridos que solo mi madre supo comprender. ¡Esas son las madres!

Telica, 26 de mayo de 1992.

Ese día Cruz Alberto desapareció de la casa y del fuego del hogar. Mi hermano mayor no estaba por ningún lado. Cuando oyó mis gritos, se escondió en algún rincón de la casa. Lo buscaron por todas partes y nadie lo encontró. Después de tanta búsqueda lo hallaron debajo de los aleros de la casa acurrucado, muy enojado y celoso, porque yo había nacido esa tarde de mayo.

A los días mi madre buscó el Almanaque de Bristol —un cuadernillo color zapote que traía el santoral completo de los nombres propios— y vio que el 13 de mayo tenían un buen nombre. Allí estaba mi designación legible: Pedro Regalado, un nombre poco común para niños de mi edad.

—¡Así se llamará el chavalito! —dijo mi madre.

—¡No, mamá! —dijo, María Baudelia —¡Le dirán Pedro Regalado, fiado y comprado!

—¡Así, se queda, y punto! —repitió mi madre.

—¡No, mamá —repitió mi hermana— pobrecito el chavalito! ¡Se reirán de su descendencia!

—¡Se llamará Pedro Alfonso, aunque le digan de otro modo! ¡No será mi culpa!

En efecto, mi tía Angélica, la mamá de Serenito, no me decía Alfonso, sino Aldifonso; Yáder García Soza, atribuyéndoselo a Luvys Reyes, una compañera de trabajo, me dice Pedro Al Fondo; Pablo Cristo Blamis, el pintor leonés, ya fallecido, me decía Pedro Alf; Noel Morales, mi primo ya fallecido, por mi pelo liso y chirizo, me decía C'locho o Colochito; Félix Ballesteros Valencia, aún me dice Poncho; Felipe Alfredo Morales Parrales, mi primo ya fallecido y de quien yo tomé la imagen de Serenito, me decía Peter

o Peterson; el poeta Denis Pichardo, por mis camisas negras, aún me dice Monseñor; y están los colegas docentes que me dicen Pedrito o el poeta.

Mi madre le pidió a mi tía Jacoba que me inscribiera en los registros de la alcaldía. Dieciséis años después, cuando demostraba con mi partida de nacimiento que tenía dieciséis años para jugar en el equipo juvenil de León, descubrí que aparecía inscrito como Pedro Alfonso García Ruiz. El apellido García era el segundo de mi abuela Juana y no se supo cómo llegó a ser parte de mi vida.

—Mirá, Pedro Alfonso —me dijo Trinidad Vallejos, el mánager del equipo León Juvenil y otrora pitcher del León que había firmado para grandes ligas— yo no te puedo poner Morales Ruiz, porque aparecés García Ruiz. Así que fui pitcher del León Juvenil en la cuadrangular de Don Bosco, Estelí, Masaya y León, como Pedro Alfonso García Ruiz. A inicios de 1980 arreglé mi apellido.

Tendría dos años de vida, cuando se quemó la casa de mi madre. Ella estaba sola y de pronto vio llamas sobre las palmas del rancho. Asombrada por el fuego, entraba y salía sacando mesas, sillas y camas de adentro. La puerta se atoraba de enseres y algunas llamas le quemaron el brazo izquierdo.

De pronto, escuchó la voz de alguien que dijo bajo el fuego: ¡El Niño! Mi madre corrió al aposento y me rescató de donde yo dormía plácidamente en la cama. ¿De quién fue la voz que gritó ¡El Niño!? Mi madre nunca lo supo, pero seguramente sin esas dos palabras de ¡El niño!, usted no estaría ahora leyendo la crónica *El viaje a la infancia* en homenaje de mi madre por sus 100 años.

1. El puente de la carretera nueva a San Isidro

Enero fue muy cruel con mi madre, mis hermanos y mi padre. Primero murió Pedro Pablo en el hospital y lo trajeron en taxi a casa, ya de noche, para velarlo. Cuidado golpeás a mi muchachito, Rogelio, le dijo mi madre a mi tío para que el taxista creyera que iba enfermo y no lo bajara o le cobrara más caro. Pero ya estaba muerto desde hacía algunas horas. Esa noche fue la vela en la casa de Paso de Lajas. En la mañana lo llevaron al cementerio para darle cristiana sepultura.

Ya en la tarde la misma historia y el mismo golpe cruel para mi madre: murió Cruz Alberto y lo trajeron en taxi a casa con los cuidados de que no descubrieran al fallecido. Esa noche se realizó la vela, una segunda vela, que los vecinos de Paso de Lajas acompañaron con mucha solidaridad. Luego fue llevado al cementerio para su sepultura. Mientras tanto, mi padre seguía en el hospital en peligro de muerte. Tenía al menos tres balazos en el pecho y otro más en el brazo izquierdo.

En la *Monografía de León* escrita por Julián N. Guerrero y Lola Soriano de Guerrero, dedicada al departamento de León y sus diez municipios, publicada en julio de 1968, escriben al pie de la foto en relación con la nueva carretera recién construida entre León y San Isidro: «El progresista y acaudalado empresario don Luis Raúl Cerna Baca, que construyó la primera carretera León-San Isidro». Anotemos algunos detalles de esta información:

CARRETERA, AUTOS, LEÓN-SAN ISIDRO

Esta ruta, actualmente pavimentada y recientemente inaugurada por el gobierno del General Anastasio Somoza Debayle, fue iniciada y

planeada en el año 1947 por el caballero matagalpino -boaqueño don Luis Raúl Cerna Baca.

En junio de ese año arribó a la ciudad de León un tren de camiones, automóviles y tractores, con procedencia del pueblo de San Isidro, en el departamento de Matagalpa, jefado por el señor Cerna Baca, inaugurando la carretera de tierra, entre León y San Isidro.

El costo de la carretera fue aportado por el señor Cerna Baca, a quien se recibió en León con calidad de Benefactor del departamento, ofreciéndole mercedamente homenajes en Telica, en los clubes de la ciudad y en el balneario de Poneloya.

ACTUALES VÍAS DE COMUNICACIÓN EN EL DEPARTAMENTO

El departamento de León cuenta actualmente con una red de caminos de penetración en invierno y verano. El Ferrocarril mantiene su antigua ruta y existe un ramal que conecta la ciudad de León con la ciudad de El Sauce, construido durante la administración del General José María Moncada e inaugurado el año 1930.

Carreteras modernas y pavimentadas ponen en comunicación la ciudad y departamento con Chinandega, el balneario de Poneloya, Telica, San Isidro del departamento de Matagalpa y por dos carreteras pavimentadas...

En 1962, mi padre era celador del puente Los Chévez que recién construían en la carretera León-San Isidro, como bien se señala en la monografía. El puente estaba contiguo a la finca de don Solón Chévez Flores y doña Juana Lucía Canales Baca quienes se habían casado en 1956 y allí vivían muy cerca del camino que viene desde el volcán. Mi padre no tenía arma de reglamento y solo contaba con un machete, un aliño, una hamaca o un saco para recostarse por el cansancio.

LOS DISPAROS Y LA TRAGEDIA DE DOS NIÑOS

Una tarde a principios de enero de 1963, Pedro Pablo (10) y Cruz Alberto (5), acompañaron a mi padre hasta su lugar de trabajo. Allí estuvieron jugando y corriendo con una pelota de hule. Cuando desapareció la luz del sol, los chavalos comieron del aliño y se fueron a dormir. A las siete se acomodaron sobre unos sacos y se durmieron cansados de tanto juego.

Cinco disparos de escopeta los despertaron del sueño infantil. Pedro Pablo y Cruz Alberto gritaron abatidos por los disparos. Don Solón Chévez Flores llegó a ver qué ocurría en el puente. La escena era terrible: un hombre herido, acribillado el pecho y el brazo, y dos niños heridos y sangrantes llorando en el suelo. Don Solón Chévez corrió por todos lados para ayudar en la tragedia.

Mi padre se despertó en el Hospital San Vicente, situado en la entrada norte de la ciudad de León. Recordó que ese día había encontrado a la Conchita Molinares por los zapotales de don Felipe Prado en la entrada de occidental de Telica. La mujer ni siquiera le dijo adiós, pero vio que mi padre iba desarmado y con dos niños al trabajo de celador del puente de Los Chévez.

También recordó que, a las cinco de la tarde, mientras Pedro Pablo y Cruz Alberto jugaban con la pelota de hule, observó que un jeep Willy verde pasó en la carretera hacia el pueblo de San Jacinto. Seguramente, sus enemigos habían recibido información de la Conchita Molinares y planificaron el ataque para ese día en la noche, tal como ocurrió con el saldo ya descrito.

La Conchita Molinares era mujer de Benvenuto Gorostiaga quien a su vez era el padre de Javier Honorato Gorostiaga Osegueda, que había procreado con Brunilda Osegueda, quien ahora era la mujer y

compañera de vida de mi tío Villamil. El problema y la enemistad fue por Brunilda Osegueda. Benvenuto Gorostiaga no soportaba que mi tío le quitó la mujer y se volvieron enemigos. Benvenuto Gorostiaga, amigo de los Romo de Quezalguaque, recurrió a ellos para semejante tragedia.

Mi padre algo menor era más paradito que mi tío un hablador de primera. La enemistad familiar recayó en mi padre y no en mi tío a quien nunca le mataron un hijo. Los enemigos de mi tío persiguieron a mi padre hasta que mataron a mis dos hermanos. Mi madre repetía muy a menudo su dolor: por su culpa perdí a mis dos hijos, refiriéndose a sus cuñados.

2. El viaje a una María desconocida

¡No esperés a que te maten!, le dijo a mi padre, su tío Eulogio Caballero. ¡Venite para acá! Aquí hacé tu casa y tendrás tierra para sembrar. No te vas a morir de hambre... Cuenta Venancia Evelia, mi hermana mayor, quien ya tendría nueve años de edad, que en marzo salimos en el camión de mi tío Chilo Herrera, rumbo a la comarca Las Marías, ubicada al otro lado del volcán Telica.

Yo nunca supe de ese viaje, pues a lo sumo tendría dos años y diez meses de edad. Catalina, María Baudelia y Emérita Ofelia Flores Ruiz, mis hermanas mayores, a petición de la tía María del Tránsito Flores Parrales, hermana de su padre, se habían ido a vivir con ella. Venancia Evelia, Virginia Elena, Gabriel y yo, partimos hacia Las Marías, un sector desconocido para todos.

Apenas imagino el camión con barandas cargado con sacos llenos de trapo, algún cofre, sillas viejas, mesas, tijeras, máquinas de moler maíz, el medio para medir maíz, los machetes, las escobas, las palanganas, las ollas, los platos, las cucharas, la plancha de carbón o de hierro.

Veo el camión cargado de cachivaches sobre la carretera a Chinandega; antes de llegar al empalme de Quezalguaque gira a la derecha y entra al patio de la casa de Juan Huerta, a lado abajo de la desmotadora *La Quezalsa*; en el palo de mango se ve al mono que pedía guineos para almorzar; el camión no se detiene y entra al arenal que lleva por Las Colinas, la finca de Tacho Ortiz.

El camión avanza hasta Cristo Rey, una comarca del municipio de Quezalguaque que dista de Telica a unos 12 kilómetros; seguimos unos tres kilómetros y llegamos a la bajada de Los Portillos y más adelante está la casa de mi tía Evangelina y Eulogio Caballero, los tíos de mi padre.

Mi primer recuerdo es una gran casa en pampas de mi tía Mama Nina rodeada por grandes ojoches y guácimos y diversos tipos de árboles a la orilla del camino. La casa era construida por su marido Francisco León y solo se miraban las soleras y las alfajillas sin techo.

LAS HOJAS DE JOCOTE, LA VENUS Y EL RAYO

A un lado de la casa, estaba el jocote de hermosas hojas y Felipe Alfredo, mi primo —a quien yo bauticé después como Serenito— igual que todos los primos, le decían papá a mi padre. Felipe Alfredo, dos años mayor que yo, invitaba a comer hojas de jocotes a Martha, la hija de mi tía Alejandra, cuyos ojos zarcos destacaban debajo de sus cabellos castaños. Ella sonreía, diciendo no.

En esa misma casona sin techo, una mañana de domingo, una Venus romana y desconocida me sorprendió con una de sus jugarretas a cuerpo limpio. Ella tendría trece años y yo quizás cruzaba los cuatro o cinco sin malicia. La muchacha se desnudaba y se acostaba sobre una batea donde lavaban los calzones. Nunca supe qué hacía conmigo, pero le veía gratitud en la mirada y la sonrisa.

Algo de esto cuento en *Los olores del amor*, un cuento publicado en *León es hoy a mí...* CNE 1999, cuyo personaje central aparece con el nombre de Regalada Altagracia Gallo y yo como José Luis Ventura Blandón. En realidad, José Luis Blandón fue mi compañero de clases en la UNAN.

Mi padre había hecho una casa de palma más hacia arriba de la de Mamá Nina, casi debajo del gran ojoche y cerca del único palo de mango del patio. Debajo del ojoche, se levantaban unos escobares, donde los chavalos jugábamos a las escondidas. Esmeralda, una chavala gordita, hija de mi tía Alejandra, nunca supo cómo encontrarme en los escobares del patio. Menos, cuando nos quedábamos juntos esperando que los demás chavalos pasaran sin hallarnos.

Una mañana de mayo o de junio en ese invierno caía una brisa suave a veces interrumpida por la salida del sol que mostraba una variedad de arcoíris brillantes en la montaña del cerro Agüero. Mis hermanas mayores, mis primos y mi padre trabajaban limpiando los algodones de los Espinoza, mientras mi madre echaba las tortillas en el fogón y cocinaba el arroz y los frijoles.

De pronto, se oyó el rayazo sobre la casa y mi madre se puso a llorar de manera incontenible. Al ver a mi madre llorando, me puse a llorar también. Y viendo a mi hermano Gabriel que no lloraba ni sabía qué era llorar o por qué debía llorar, le dije: ¡llorá! Ahora no recuerdo si me hizo caso, pero estoy seguro que mi hermano siempre me obedecía lo que le decía a su edad.

Mi madre dejó de llorar por el susto del rayo de ese invierno, pero nosotros seguimos llorando durante cierto tiempo antes del mediodía. ¿Por qué llorás ahora?, me preguntó mi madre. Yo tengo hambre, le dije a mi madre que seguía echando tortillas. Bien lo recuerdo: mi madre cortó la tortilla

en dos tantos, le echó un puño de sal, y repartió un trozo a cada uno. Eso no me gusta, le dije.

Usted mama, le decía muchos años después, no me explicó que no teníamos nada qué comer ni usted tenía nada que darnos en el almuerzo. Si lo hubiera sabido, le decía, mientras ella se reía, hubiera aceptado con gusto la mitad de la tortilla con sal. Hubiera sido almuerzo inolvidable.

La casa donde vivíamos se ubicaba entre Los Portillos y Las Carpas en Las Marías. Esto es: se entra en Las Mercedes de Quezalguaque y se sigue el camino hacia el norte, pasando por Cristo Rey y luego Los Portillos y Las Carpas. El camino sigue a Los Mangles, Los Velásquez y luego se llega al centro de Las Marías y más al fondo, Monte Olivo y Pozo viejo hasta subir a La Pelona.

LOS MARTILLOS DEL HORIZONTE Y EL CANTINERO DE EL PIÑUELAR

Por ese tiempo tuve alucinaciones de escuchar cosas que los niños no debíamos percibir. Nunca he podido explicar bien lo que escuché ese día extraño. Era una mañana como todas las otras al pie de la montaña del cerro Agüero que se ubica en la parte noroeste del volcán Telica, es decir, Los Portillos y Las Carpas se ubican al otro lado de la cordillera de los Maribios.

Esa mañana miraba la cordillera en la lejanía azul. De allí venían los golpes como de martillo lejano que yo escuchaba no sé por qué razón lo escuchaba, claro, sonoro, poético y filosófico. Ahora comprendo que me gustaba observar y escuchar ruidos extraños de la Naturaleza de los árboles. Esos golpes del horizonte nunca más los he vuelto a escuchar; nunca más oí los golpes del horizonte.

Un domingo, nostálgico por la pesadumbre del sol que se oculta, vi que la familia corría para un

lado y otro. Para un niño era extraño saber qué les ocurría a los adultos. Algún tío llegaba y hablaba en voz baja y luego se iba. Más tarde, llegaba otro y hacía lo mismo y luego se iba también.

Por fin, no sé cómo supe la noticia: mi padre estaba preso en El Piñuelar —comarquita del municipio de Larreynaga— junto a otros fanáticos a donde habían ido a ver el equipo de Las Marías.

Al rato, llegó el grupo de presos: habladores, bravucones, gritando y escandalizando, repitiendo que nadie los mantendría preso por tonterías y cantineros envidiosos.

Mi padre contó o no sé quién contó la historia de los presos. El equipo de Las Marías llegó al Piñuelar para sostener un doble encuentro contra ese equipo. Estos encuentros los organizaban de manera amistosa con sopa de por medio. El equipo de Las Marías ganaba el partido: Pedro Celestino Caballero, cátcher, y el primo de mi padre, habían conectado jonrón con las bases llenas.

Los fanáticos que acompañaban al equipo fueron a echarse sus guaspirolazos a la cantina más cercana para celebrar el triunfo. Eso estaba muy bien, pero el dueño de la otra cantina viendo que nadie llegaba a su local, mal informó a los bebedores con la guardia. Tres guardias llegaron montados en un caballo y se llevaron presos a los celebrantes. Después de ruegos y multas, los dejaron libres.

EL VENADO, EL DUENDE Y LOS CUENTOS ORALES

Una tarde mi padre me llevó a conocer el venado. Nunca lo vi de cerca; apenas lo vi como un potrillo a lo lejos. Mi padre cargaba la escopeta en el hombro, porque andaba un venado cerca en los linderos de la huerta. Allá al fondo, en la hondonada, vi el venado con sus cachos medianos y estirados. Papa, le dije a mi padre, allá está el venado. Cuando mi padre volteó, el venado ya no estaba allí.

Por esos días me llegó el cuento de la Felipita y el duende. La Felipita Martínez Velásquez tendría unos diez años: era hija de Rosendo Martínez y de Jesús Velásquez, una parienta de mi madre. La noticia del caserío era que el duende se había llevado a la niña. Aún recuerdo que los vecinos se reunían en la casa de Rosendo Martínez, ubicada en la parte sur de la de mi tía Evangelina.

Todas las noches y durante mucho tiempo, tengo el recuerdo de que íbamos a la casa de los padres de la niña, la Felipita, y platicaban y platicaban sobre su desaparición, y ya como a las 11 regresábamos a la casa. Al siguiente día, el mismo asunto, pero la niña no aparecía por ningún lado.

En la mañana un grupo de hombres salía a la cordillera de los Maribios a buscar a la niña. En la tarde regresaban sin nada y con las manos vacías. Así lo hicieron durante mucho tiempo, pero jamás encontraron a la niña. Nadie supo nada de la Felipita y su desaparición. Tampoco se supo, cuándo dejaron de buscarla o si al final encontraron algún vestigio de la niña.

Ya intrigado por el recuerdo, hace unos días, pregunté de nuevo qué pasó con la Felipita Martínez Velásquez y la historia del duende. Mi sobrina Seneyda Chavarría que vive cerca de la zona, investigó y me envió el mensaje con la información que había recopilado:

Dicen que la niña de apenas 5 años fue con otras dos niñas —Clementina Velásquez y Luis Martínez— a traer los animales a la cañada de Las Carpas. Las dos iban adelante y la Felipita se les pegó detrás. Cuando llegaron a la casa, le preguntaron por la niña, pero ellas dijeron que no la vieron. La gente decía que se la había llevado el duende. Meses después hallaron el cadáver de la niña: tenía sus colitas y sus chapas desde cuando la peinaron; y por la ropa supieron que era ella. Un

campista de la zona la halló en un lugar que le dicen Las Colinas.

Me pareció extraño que en esta versión haya aparecido en Las Colinas, la finca de Tacho Ortiz, que está cerca de Las Mercedes de Quezalguaque, es decir, a más de cinco o seis kilómetros de Las Carpas, el lugar donde desapareció la niña aproximadamente entre 1964 y 1965.

Basado en esa historia, años después, escribí *Los vestigios de la Felipa*, uno de los cuentos de *El duende y otros cuentos*, publicado por Ediciones Distribuidora Cultural en octubre de 2003. El libro incluía 15 cuentos divididos en tres partes: el duende, la familia, y las aves con presentación de Julián González Suárez. Quizás mi libro más vendido: una edición y siete reimpressiones.

En abril de 2011 las estudiantes de Lengua y Literatura Milagros del Socorro Chévez, Clotilde Marina Escoto Centeno, Sayda Isabel Maradiaga Guido y María Antonia Ruiz Montes, presentaron como trabajo de estudio en La UNAN, León, el tema: *Importancia de la narrativa en los cuentos El duende y otros cuentos de Pedro Alfonso Morales*, cuya tutora fue la profesora Gloria María Tórrez.

La profesora Milagros Chévez, tiempo después, me contó otra historia originada a partir del cuento de la Felipita. Según ella, don Rosendo Martínez se enojó cuando una niña del sector le leyó el cuento de su hija desaparecida. No le había gustado el cuento, porque, según dijo, la historia no había sido así como se leía en mi libro. En verdad, le dije a la profesora Milagros, a mí me hubiera gustado decirle a don Rosendo que el cuento *Los vestigios de la Felipa* era una ficción a partir de la historia que conocí a mis 5 años en el sector de Las Carpas y yo le había dado otro final.

Yo tendría 5 años y mi madre nos contaba los cuatro cuentos orales que se sabía: *La María Sucia y la María Limpia*, *El Vapor de Tierra*, *La Puercastriz* y *La*

Miquita. Nos contaba siempre esos cuatro cuentos y me los aprendí de memoria. Después de algún tiempo, ya siendo escritor, le pedí a mi madre que me los contara de nuevo para escribir una versión personal de los cuentos.

Así logré escribir los cuatro cuentos orales que luego publiqué en *Tradiciones nicaragüenses* que mi amigo y poeta vasco, Xabier Suspérregi, publicó en La Biblioteca de las Grandes Naciones – Calameo (<https://www.calameo.com/books/0030604177eb677163680>). Allí se puede consultar el libro: contiene una variedad de cuentos, canciones, poesía, supersticiones, adivinanzas, etc.

Cuando doña Daisy Kuan de la Distribuidora Cultural me dijo que quería un libro de cuentos orales de al menos 100 páginas, no dudé en poner *El Vapor de Tierra* que ya estaba incluido en *Tradiciones nicaragüenses* y de donde tomé todos los textos para armar el libro *Cuentos, leyendas y mitos de Nicaragua* (2014) obra que tiene gran acogida entre los lectores juveniles de secundaria.

Un domingo en la mañana vimos —Evelia, Elena, Gabriel y yo— a cierta distancia a un hombre en una cañada como si hacía sus necesidades fisiológicas en una quebrada. No sé por qué comenzamos a gritarle: ¡Cagón! ¡Cagón! ¡Cagón! El hombre nos siguió, pero nosotros corrimos a la casa. Nunca pensamos que el hombre se iría detrás. Mire, señor, le dijo a mi padre, sus muchachos me gritaban: ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón! Yo no soy ningún ladrón; solo estaba sacando un garrobo de la cueva...

3. El viaje a Miravalle y las catalas

A una de mis hermanas se le ocurrió cortar un mango del árbol que estaba enfrente de la casa. A la Panchita, la otra hija de Mama Nina, eso no le gustó.

¡Oye, gritó desde las afueras de su casa, les dimos posada, pero no los mangos! Mi madre apenada y, más que apenada, herida en su orgullo de migrante, le dijo a la muchacha que dejara de cortar los mangos ajenos.

Fijate, Timoteo, le dijo mi madre a mi padre, cuando regresó de trabajar. Así, asá, la Panchita, le dijo a la chavala que no cortara los mangos. Bueno, dijo mi padre, mañana hablaré con don Cosme Espinoza para que me dé un lugar en Miravalle. Dicho y hecho: venite mañana, le dijo Cosme. Ahí tenés dos carretas para que traigás tus cosas. Tendrás una manzana de tierra para que sembrés.

Una noche del cual no tengo muchos recuerdos, partimos de Las Carpas hacia Miravalle, una finca bien cuidada de Cosme Espinoza, padre de Norberto, Ricardo y Fernando Espinoza. Norberto era padre —si no me equivoco— de Leonel Espinoza Linarte, el Conejo, el guerrillero que menciona Omar Cabezas en *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, su libro de testimonio que le valió el premio Casa de las Américas en 1982. Al final del capítulo 16 Omar escribe:

La otra familia estaba formada por la esposa; él, un viejo revolucionario, viejo sandinista de aquellos tiempos, con dos o tres hijas. Jugador de gallos. Allí en esa casa, nosotros fregábamos también a las muchachas; a la mayor, que era enamorada de Leonel Espinoza (Marino), Pelota le encajó Marina, toda esa gente era bien linda. A esa casa yo sabía que llegaba una muchacha del Pacífico a hacer contacto con Pelota; no sabía quién era, pero sospechaba que era la Luisa, la de Toño, pero no podíamos verla, me daba unas ganas de verla, y no poderla ver, y con ganas de decirle: Luisa, Luisa, Luisa, aquí estamos, porque era bien alegre de carácter y teníamos mucha amistad con ella y seguro que íbamos a gozar mucho viéndonos, pero nunca

se pudo eso; luego estuve varios días en otra casa, donde una compañera maestra que también me curaba, muy heroica y de quien yo guardo recuerdos muy lindos, se llama Rosario Antúnez, capturada varias veces, torturada por la Guardia, le mataron a una hija de quince años en Nueva Guinea; está viva, trabaja con el Frente en Ocotal.

A las siete u ocho de la noche llegamos a Miravalle que distaba a unos 4 o 5 kilómetros de Las Carpas. Mientras bajábamos los calaches, sentí el pinchazo de una catala o abeja en mi cuello. Nunca me había pinchado tan fuerte una abeja o avispa (Vespula) que creí eran alacranes.

EL COYOL, LAS PALOMAS, LAS LOMBRICES, EL RADIO Y LAS CANCIONES

Nuestra casa estaba frente a la finca y los corrales, donde las vacas, los terneros y los toretes descansaban. Pilas enormes con tubos de agua potable se miraban por todos lados. Aprendí a ver que las vacas se comían la semilla del coyol y luego la vomitaban. Nosotros, mi hermano Gabriel, y los primos, hijos de mi tío Manuel, recogíamos los coyoles, los quebrábamos y los comíamos.

El agua provocaba tanta humedad en los corrales. Y tanto animal en el abrevadero traía consigo una cantidad enorme de palomas sedientas o pájaros que picoteaban los lomos de los animales tal vez para comerse las garrapatas. Entonces atacaba con una pedrada al grupo de palomas sobre las charcas. En el desparpajo todas volaban y al menos una o dos se quedaban con el ala quebrada.

Yo las agarraba y tan adoloridas parecían que después buscaba como curarles las heridas. Por esos días llegó Trinidad Palma, un señor de Paso de Lajas, que usaba muleta para caminar. Me llevó de regalo

una hulera o tiradora de piernas blancas, gancho simétrico y cuero colorado. No cabía de alegría por el regalo de don Trine, como le decían. ¡Qué no te la escupan los pijules!, me dijo.

Meses después me ocurrió algo terrible en mi vida infantil. Tendría ya los 6 años de edad, pero siempre usaba mis pantalones chingos con tirantes o amarrados con mecates. Allá en el fondo del patio aparecí llorando con los pantalones en las rodillas y caminando abierto de las piernas. Después de evacuar mis heces, unas culebritas se me habían quedado pegadas en el culito.

Mi madre dijo que eran lombrices y me las arrancaba con dos palos. Así fueron cayendo una gran cantidad de culebras pequeñas y amarillas. Al rato, mi madre me dio un remedio casero que hizo que expulsara otra gran cantidad de lombrices. Me estaban comiendo vivo y en ayunas.

Llegó mi primo Noel Flores Ruiz, el hijo de mi tía Esmeralda. Llevaba una gran novedad para nosotros: un radio Phillip, mediano, color verde tierno y con agarradero encima. Mi madre lo encendió y todos quedamos maravillados con canciones. Sonó «Hojita verde» escrita por Narciso M. Monarés e interpretada por *Los Halcones de Salitrillo* que la grabaron en 1965. El radio revolucionó la canción, pues solo oíamos la de los pájaros, sapos y ranas. *Hojita verde* fue mi primera canción escuchada.

Hojita Verde

Eres como una hoja verde
hija de un árbol frondoso
que, por más que la sacudo
su hermosura no la gozo

Eres como la hoja verde
que aguanta los vendavales
vientos van y vientos vienen
y en la rama te detienes

Hojita verde, ¿cuándo caerás?
para demostrarte quien pudo más:
si un fuerte viento de un gran ciclón
o los suspiros de un corazón

Eres como una hoja verde
que platica con el viento...
Ven a platicar conmigo
pa' decirte lo que siento

Eres como una hoja verde
hija de una enredadera
me dan ganas de cortarte
pa' quitarte lo matrera.

Hojita verde, ¿cuándo caerás?
para demostrarte quien pudo más:
si un fuerte viento de un gran ciclón
o los suspiros de un corazón

El radio me enseñó dos canciones más que nunca olvidé: *Los dos amantes* y *Los sabanales*. Dicen que la mente infantil es una esponja que todo lo atrapa y lo guarda para la posteridad. Edgar Alfonso Acuña Bermúdez en *La infancia desde la perspectiva del psicoanálisis: un breve recorrido por la obra clásica de Freud y Lacan; Klein y los vínculos objetales*, escribe en su resumen:

En la infancia se gesta el futuro del individuo durante todas las etapas de la vida y la importancia que tiene esta para determinar la estructura de personalidad del ser humano, destacándose que la gran mayoría de los procesos psíquicos tienen su origen en la infancia. Además de esto todos los eventos traumáticos que son vividos en esta etapa por el sujeto son muchas veces detonantes de trastornos psicológicos en la adultez.

Por eso nunca olvidé aquella canción norteña de México: *Los dos amantes*, que interpretaba el dueto de *Los Alegres de Terán*, compuesto por Eugenio Ábrego y Tomás Ortiz, quienes lo fundaron en 1948 y prevalecieron hasta 1988. La letra de esta canción, que no era para la mente infantil, hablaba de los avatares de los dos amantes en sus despedidas y que sonó mucho por entonces. Los amantes cuando se van se van suspirando o se quedan llorando. La canción dice:

Los dos amantes

Sal niña a tu ventana, no seas ingrata;
sal y ven a escuchar mi serenata.
Alza esos ojos y mírame a mí;
no me desprecies, no seas así.

Morena de ojos negros como mi suerte,
no miras que con ellos me das la muerte.
Ay, muerte ingrata, pobre de mí,
no seas ingrata, dime que sí.

Cuál de los dos amantes sufre más penas:
el que se va o el que se queda.
El que se queda se queda llorando
y el que se va, se va suspirando.

Dicen que no se sienten las despedidas:
dile al que te cuente, eso es mentira;
mentira ingrata de un ser que se adora,
cuando se quiere hasta se llora.

La otra canción es de origen colombiano y sonaba a cada rato en el radio. Me refiero a *Los Sabanales*, escrita por Calixto Ochoa Campo, que interpretaban *Los Corraleros del Majagual*, grupo compuesto por Ochoa y Alfredo Gutiérrez, fundado en 1961, a iniciativa de Antonio Fuentes, dueño de los *Discos Fuentes*. *Los Sabanales*, Calixto Ochoa, lo

escribió mucho antes de *Pirulino*, otra de sus canciones famosas, igual que *El viejo del sombrero*, que actualizó La Sonora Dinamita.

Los Sabanales

Cuando llegan las horas de la tarde
que me encuentro tan solo y muy lejos de ti.
Me provoca volver a los guayabales
de aquellos sabanales donde te conocí.

Mis recuerdos son aquellos paisajes
y los estoy pintando exactos como son.
Ya pinté aquel árbol del patio
que es donde tú reposas cuando calienta el sol.
Vivo aquí
pintando el paisaje sabanero,
porque allí
es donde están todos mis recuerdos

Vení, corazón vení.
Vení, más cerca de mí.
Ven a consolarme, ven acompañarme.
Ven, ven a besarme como aquella tarde.
Ven a consolarme, ven acompañarme.
Ven ven a besarme,
como aquella tarde que estuve allá
como aquella tarde que me besó
como al día siguiente que amaneció
bésame como tú sabes besar.

Como al día siguiente que amaneció
bésame como tú sabes besar

Muchos años después, me pregunté por qué a esa edad me encontré con *Los Halcones de Salitrillo* y su *Hojita Verde*; con *Los Alegres de Terán* y *Los dos amores*; con *Los Corraleros de Majagual* y *Los Sabanales* en vez de hallarme con «El amor es azul», también conocida como *Love Is Blue*, una canción compuesta por André Popp e interpretada por Vicky

Leandros en 1967. Sobre todo, la bella interpretación de *El amor es azul* que hizo Paul Mauriat, ya clásica. Nunca la escuché.

La casa nuestra era un rancho de palma y, ya dije que, estaba frente a la finca con los corrales y pilas de por medio. Hacia la izquierda vivía una señora, Elba Ulloa, cuya hija se acababa de casar y yo la miraba en grandes amores con el recién casado. También vi un judío que quemaron. Años después, basado en ese recuerdo, escribí el cuento *El judío errante y la boda en Semana Santa*, donde creo un caos infernal en la boda. El cuento se publicó en el libro *Pancho Ley y las Ceguas*, 2016.

Por lo demás, mi padre trabajaba en Miravalle, el cual, administraba un hombre que fue muy amigo de mi progenitor: Juan «Chiva», cuyo apellido nunca supe por el predominio del alias. Tengo el recuerdo de todas las mañanas: yo le llevaba el desayuno a la huerta donde trabajaba con el machete y el gancho de madera. Un plato envuelto con un trapo para que no se cayeran los frijoles, el arroz y la cuajada. También llevaba un bote con café caliente. Muy de mañanita, Gabriel, iba conmigo.

4. El viaje a la finca de mi tío Nayo

Primo, le dijo mi tío Bernardo Herrera Morales a mi padre, vaya a verme la finca. Le pagaré bien y le daré tierra para que siempre. ¡Ayúdeme, primo!, le dijo mi tío, quien tenía fama de lámpara y muy agarrado en cuestiones de dinero. Sobrino, me dijo una tarde mucho tiempo después, alquíleme o véndame su tierrita. Si son tuyas, tío, le dije yo. ¡Ande, sobrino, repitió, véndame su tierrita! Si son tuyas, le respondí otra vez. No, sobrino, me dijo, me refiero a la que tiene en las orejas.

Mi padre habló con Cosme Espinoza y le contó de su interés de administrar la finca San Pedro de su

primo que colindaba con su finca San Antonio. San Antonio era una finca hermosa con grandes algodones y muy cerca quedaba la pista de aterrizaje. Hacia abajo quedaba la finca de mi tío y hacia el norte la de Domingo Arauz, otro vecino. ¡Andate, le dijo Cosme Espinoza, pero si no te gusta, aquí tenés las puertas abiertas. ¡Si querés la carreta y los bueyes, el tractor y el tráiler, son tuyos!

Otra vez cargamos los maritates: las mesas y sillas, el cofre, las palanganas, las tijeras, los pobres sacos de ropa, las sábanas, las ollas, los platos y las cucharas... La finca de mi tío quedaba a unos cinco kilómetros de Miravalle y se llegaba a ella cruzando las huertas entre Miravalle y San Antonio que eran las dos fincas de Cosme Espinoza, un señor algo bajo, recio y buena gente.

La casa de la finca, ubicada a la orilla del camino, tenía una gran Guanacaste en la entrada. En el patio había árboles de naranjos, jocotes y un güiligüiste lleno de cierto Güis, cenizales y zanates. Me sorprendió que el pozo tuviera 120 metros de profundidad y fuera yo, el que montaba el caballo para jalar el agua y llenar una pila enorme. La finca San Pedro tenía unas 50 manzanas más otras 50 más abajo que correspondían a la finca La Ceiba también de mi tío o de la familia de él.

En la finca San Pedro se sembraba algodón, maíz y algo de trigo, pipianes y ayotes: había tractores, gradas, arados, sembradoras, cultivadores, chapadoras y unos ganchos para recoger las malezas de las plantas de algodón cortados. En la época del verano llegaban familias enteras a cortar algodón y allí vivían en precarias condiciones. Los domingos eran festivos, porque todos los chavalos jugábamos pelota de plástico o de calcetines y rara vez con las de hule.

Mi madre les daba de comer a toda esa gente: les preparaba los frijoles, el arroz, el queso, la

cuajada, el café y la tortilla. Y mi tío Nayo muy campante, porque era muy poco lo que pagaba por esos menesteres. Cada quince días, yo me alegraba por los cinco reales que me daba por montarme en el caballo y jalar agua para llenar una pila todos los días. Tiempo después llegó mi tía Mercedes Herrera Morales, hermana de mi tío Nayo, quien ayudaba a mi madre en los quehaceres de la casa.

DE REGRESO CON LA FAMILIA EN PASO DE LAJAS

Algún sábado visitábamos a la familia en Paso de Lajas. Mi tío Nayo pagaba a los trabajadores y antes de las cinco se iba a su casa en San Felipe, León. Entonces mi madre aprovechaba el viaje y nos veníamos con mi tío para visitar a la familia. En el trayecto, desde la finca pasando por San Antonio, Aguas Calientes, el Olocotón, San Ignacio, San Isidro hasta salir a la carretera de la Mina El Limón, San Jacinto y Telica, decía que el combustible era muy caro para los vehículos.

Deseaba que un día los vehículos encendieran con agua para llenar el tanque en cualquier lugar con un balde o una manguera. Por eso, cuando pasaba la desmotadora de San Jacinto que se ubica frente al cementerio y casi al llegar a la última pendiente, aceleraba el Jeep Willy y ya en la bajada lo apagaba con lo que lograba avanzar sin gastar combustible casi al empalme de Telica.

Nos bajamos en el empalme y caminamos hacia Paso de Lajas. Llegamos donde mi tío Gabriel, uno de los hermanos de mi mamá. Lucía, mi prima, que era fiestera, había preparado un «socio», es decir, una fiesta por la que se tiene que pagar para poder bailar. Para tal efecto, el patio estaba cerrado con alambre de púas y las sillas de laurel, sujetas con mecates para que no se las robaran.

Lucía Ruiz Morales me regaló un raspado con tamarindo, ya de tardecita. Fría, deliciosa, dulce, y extraña comida que se comía con una cuchara de metal o plástico. Allá no conocíamos el hielo y apenas la vieja refrigeradora de la Rata de Alfredo Linarte en San Antonio era para las bebidas.

Ya de noche llegamos a casa de María Baudelia quien había nacido el 20 de mayo de 1939.

Mi hermana se había casado con Fidel Ríos Méndez quien aún no tenía la fama de médico y brujo que tuvo tiempo después. Tanta fama tuvo *El señor del Caracol* que muchos pacientes venían no solo de Nicaragua, sino de Choluteca en Honduras en excursiones de dos o tres buses llenos.

Para ese tiempo ya tenían dos hijas: Carmen, nacida el 15 de abril de 1965 y Marcia Modesta, nacida el 15 de junio de 1966. —Marcia Modesta, mi sobrina, falleció el 10 de mayo de 2009— Nos dio de cenar nacatamal con café y después de mucha plática todos se fueron a dormir.

Menos yo que no podía dormir por Arturo. A las diez tuve dolor de estómago y en lo oscuro no pude abrir la puerta para ir al baño. Mi hermana desde su cuarto gritaba que sacaran el perro que se había quedado adentro. Cuando mi madre encendió la luz, pegó el grito: ¡El chavalo se cagó!

Yo estaba aculado y afligido con el calzón en la mano sin poder salir a vaciar mis excrementos. Mi madre me quitó la ropa y me lavó con agua suficiente y jabón. Después lavó mi calzón chingo y trató de secarlo a punta de plancha. Todo debía quedar listo para salir temprano a visitar a Catalina.

En efecto, a las 7 salimos para Gracias a Dios, donde vivía Catalina mi hermana mayor. Yo vestía mi calzón chingo, recién lavado y planchado en la noche. Tomamos el camino rumbo a la carretera: yo como siempre atrás y mi madre adelante, apurándome. Al pasar por la casa de doña Elba

Mendoza me salió un perro bravo y me siguió. Yo corrí, pero el perro me revolcó. Salí llorando, mientras la dueña espantaba el perro. Mi madre me bajó el calzón y vio el mordisco en mi nalga.

LA PISTA, LOS AVIONES Y LAS PLAGAS

Hacia el este estaba la pista de aterrizaje de los aviones que fumigaban los algodones. Llegaban dos o tres aviones blancos, pero después llegaron unos amarillos que eran más rápidos. Los agricultores llegaban a cargar el avión y luego rociaban el insecticida en el plantío. En cierta ocasión llegó un piloto nuevo y no conocía los plantíos de los algodones. El piloto le dijo a mi padre que se montara y fuera a enseñarle la ubicación de los plantíos. Al final se montó Chico Ramírez.

Las plagas del algodón eran abundantes y muy diversas: el picudo, gusano rosado, chinche manchadora, gusano bellotero, araña roja y mosca blanca entre muchas que mencionaban. Nunca olvidé la mañana que recogíamos gusanos en una botella. Íbamos de planta en planta y de hoja en hoja cazando los gusanos verdes y echándolos en una botella. Luego la llevábamos a un local de gusaneras. Por esa labor mis hermanas recibían una paga: esta labor la recuerdo en la finca San Antonio.

Las plagas eran duras de matar y lograban resistir frente a los insecticidas, plaguicidas o pesticidas: *metil parathion*, *toxafeno*, *el bajo volumen*, y no sé cuántos *cidas* más. El sufijo *-cida-* es de origen latino e indica *que mata, extermina o elimina a...* El sufijo procede del latín *caedere* que significa *matar*. No es extraño que *-cida-* se relacione con el sufijo *-cidio-* (acción de matar): homicidio, regicidio, magnicidio, suicidio, parricidio, magnicidio, genocidio, arboricidio, etc.

Muchas palabras tienen esta terminación: bactericida: que destruye las bacterias; feticida: que

mata al embrión; filicida: que mata a su hijo; fratricida: de la persona que mata a su hermano; fungicida: producto químico para combatir los hongos parásitos; genocida: que mata a un pueblo; herbicida: producto químico para eliminar hierbas no deseadas; homicida: persona que ha causado la muerte a otra; infanticida: de la persona que mata a un niño; insecticida: que sirve para matar insectos.

EL AVIÓN QUE FUMIGABA DE NOCHE

El avión que fumigaba de noche es el artículo que escribí y publiqué en mi Facebook el 3 de julio de 2016, dedicado a Leonel Flores, Rosalío Medina, Alberto Arbizú, y Luis Cáceres. Me acordé de Rosalío Medina, porque una vez cayó en el bosquecito del río allá por la finca Praga en Paso de lajas. También me acordé de Alonso, su hermano, que cayó cerca de mi casa una tarde.

A mediodía se oyó el ruido del avión ronroneando sobre las casas y pasó bajito y se va a caer y se va a caer y cayó en la huerta vecina como a doscientos metros de mi casa. El avión hizo un aterrizaje forzoso en la tierra árida y suave: todo iba bien hasta que chocó contra un tronco de árbol a media huerta. El aparato color blanco se volcó y quedó con las llantas arriba.

Todos corrimos a ver el aparato con las llantas arriba. Vimos que un hombre se bajó quitándose el casco de protección. Ve, si es Alonso, dijo doña Eudosa, cuando el hombre se quitó el casco. No se acercuen dijo el piloto, que pronto explotará. En efecto, ¡Pum!, se oyó la explosión y nos quedamos mirando como atontados. Si nos hubiéramos acercado más, no estaríamos leyendo esta historia.

Me acordé de Alberto Arbizú Arauz, el hermano de mi profesora Cristina, quien un domingo, mientras jugábamos pelota, nos saludó desde arriba

con sus piruetas. En los días siguientes, un 29 de mayo de 1974, su avión se cayó al sur de la pista de San José de Telica y murió carbonizado.

También me acordé de Leonel Flores que era piloto muy adiestrado para fumigar los algodones. Su hijo, Leonel Flores Torres —quien había sido mi alumno en el colegio San Ramón— era hijo de Anita Torres Rueda a quien yo había conocido desde niña en la pulpería de su mamá en la finca donde hoy es el reparto Félix Pedro Carrillo en Telica.

Vino a mi mente la tarde en que Ofilio Gurdián Ubago, el hijo de Ofilio Gurdián Terán, dueño de la finca San José Telica, le echó la avioneta encima a la pobre gente que recogía motas de algodón en la huerta de don Narciso Arbizú, frente a La Mirada, que los Gurdían habían sembrado de algodón.

La avioneta se elevaba y se venía en picada hacia abajo para espantar a la pobre gente. La gente corría hacia las rondas con puchos de algodón en sacos que luego vendían en el pueblo. La avioneta se elevó otra vez y se vino hacia abajo como si volara al vacío. La avioneta no pudo levantar y clavó su pico en media huerta. Allí murió quemado el rico por unas migajas de los pobres.

Recordé que Luis Cáceres chocó su avión con otro en pleno vuelo y ambos pilotos fallecieron. Y la gente se preguntaba, ¿cómo pueden chocar dos aviones en tan grande cielo? Bueno, pues, ocurre igual que dos furgones en las carreteras o dos motocicletas que ya tienen delimitadas sus fronteras. Luis en una ocasión cayó en pleno lago Xolotlán y por saber nadar se había salvado. Esa vez murió su acompañante, mi amigo y excompañero de equipo de béisbol: Jorge Adrián Abarca Juárez.

La noticia del 13 de agosto de 2014, dice en TN8:

Chinandega: Chocan dos avionetas, INAC investiga las causas

Por: Redacción TN8 || Publicado: 13 de agosto de 2014 || Hora: 10:03 p.m.

En el municipio de El Viejo, departamento de Chinandega, dos avionetas fumigadoras chocaron de manera frontal, provocando que ambas aeronaves explotaran y los pilotos de cada una fallecieran instantáneamente, al quedar sus cuerpos calcinados.

El terrible hecho se dio en la finca El Pegoste, ubicada a 12 km. de Chinandega, ésta es una zona de cultivo de bananos donde las aeronaves realizaban tareas de fumigación. El Ejército Nacional ya realizó un vuelo de reconocimiento con helicópteros y Aeronáutica Civil ya se encuentra realizando las debidas investigaciones para determinar las causas del hecho.

Según declaraciones del divulgador de Aeronáutica Civil Yalí Estreber, se conoció que en este accidente se presume que hubo una colisión en el aire entre dos avionetas, éstas son una Sesna 188 matrícula YNCBY y el Capitán a bordo de ésta, era Eradio Arnulfo Cuadra Aragón, y una Grumman G164 matrícula YNCIB que la pilotaba el Capitán Luis Felipe Cáceres Rueda.

A su vez, una comisión de investigación de accidentes se encuentra trabajando en el municipio para determinar las causas que

provocaron la colisión de las dos aeronaves.

El Director General de Aeronáutica Civil, Capitán Carlos Salazar, manifestó que sería irresponsabilidad señalar en este momento una posible causa.

«Siempre le recomendamos a los operadores, el manejo con su personal de vuelo, la comunicación, nosotros como autoridad también hacemos control de alcohol y droga con los pilotos mecánicos, estamos en vigilancia permanente», aseguró Salazar en cuanto a las medidas y recomendaciones como ente regulador.

El Instituto Nicaragüense de Aeronáutica Civil (INAC) envió condolencias a las familias de los pilotos.

El artículo *El avión que fumigaba de noche* recordaba mi impresión de los aviones en mi niñez. Mi familia vivía, entonces, en la finca de mi tío Bernardo Herrera Morales, en el sector de Las Marías, a donde habíamos llegado después de dos años en Las Carpas y uno en Miravalle. Escribí en mi FB:

Yo tenía seis años y un avión revoloteaba sobre mi cabeza. Parecían pájaros o papalotes sin cola sobre los algodonales, las personas y los techos de las casas. Observar el avión *Cessna* fumigando era un espectáculo moderno en el campo. Aquellas piruetas sobre el Guanacaste o las barrenas de los aviones sobre los banderilleros con su palo y su manta blanca. O aquel avión encima del otro: ya de regreso a León, los dos aviones tomaron el rumbo sur. De pronto, uno se encajó encima del otro.

Por entonces, como ya dije, vivíamos en la finca de mi tío Bernardo Herrera, en Las Marías, cuyos linderos con camino de por medio, limitaban con la finca San Antonio de Cosme Espinoza. Allí estaba la pista de aterrizaje y era el tiempo del apogeo del cultivo del algodón a finales del sesenta. Por eso no era extraño que los niños nos espantaran las gracias de los aviones.

Por ejemplo, tengo la imagen de aquellos hombres a las cuatro de la tarde, montados en un tractor con su trailer, poniendo candiles de grandes mechones sobre estacas clavadas en las alambradas o rondas de las plantaciones algodoneras. Clavaban uno sobre la estaca, lo encendían, y alborotaban la luz. Allí se quedaba la fogata con humo negro como si quemara diesel o parafina del diablo.

Así, de candil en candil, prendieron las orillas del plantío de algodón. Eran como cincuenta manzanas —me supongo ahora— estaba lleno de bellotero o de «algunos insectos que tienen actividad nocturna sobre todo de ovoposición como es el caso de las mariposas de la familia Noctuidae», según William Areas, mi amigo biólogo y poeta.

Al consultar sobre esta familia, descubro que «los noctuidos —Noctuidae— son robustas mariposas nocturnas con más de 35.000 especies conocidas... Muchas tienen pelusa grisácea, aunque las hay con brillantes tonalidades en las alas. La inmensa mayoría de los noctuidos vuelan de noche y son atraídos por los focos de luz. A muchos les atrae el azúcar y las flores ricas en néctar.

Sospecho que, ya incontrolable la plaga del algodón, optaron por fumigar de noche con el avión para atraparlas con las patas en las flores o en las guayabas del algodón. Me parecía, a mi edad, una increíble proeza que un piloto valiente empezara su jornada de trabajo a las ocho de la noche con aquel *Cessna* color amarillo, bajando y subiendo por los Guanacaste o tigüilotes en las cercas de alambre,

dirigido, solamente, por los candiles que agitaban la llama con el viento.

Todos los chavalos nos sorprendimos: vimos la pista de aterrizaje, desde las siete de la noche, llena de candiles a las orillas con mechones encendidos. Allí, entre las fogatas, pasaba el avión a cargar el insecticida para contrarrestar las plagas algodoneras. Nunca vimos más aviones fumigar de noche; nunca supe quién era el piloto de ese avión. Al llegar el alba, terminó su jornada sin saber si los «noctuidos» se murieron o se engordaron. ¡Yo fui feliz con las piruetas del avión!

5. La función del primer cine en mi vida

Una noche llegó el cine a la finca San Antonio. ¿El cine en una finca de Las Marías? ¿Cómo puede andar el cine entre los algodonales? Ya habíamos conocido la TV en La Rata de Alfredo Linarte, el bachiller, como le decían al cuñado de Norberto Espinoza. Ah, a mí me gustaba comprar canicas o chibolas a doña Esthela por ver a sus dos hijas que eran lindas niñas.

Alfredo Linarte era lámpara como decía mi padre y ponía sobre un ropero viejo de la pulpería, un televisor pequeño en blanco y negro para que los trabajadores que compraban se entretuvieran más tiempo y compraran pan o gaseosas. O como siempre hacía, por el hecho de estar cerca de la pulpería, La Rata, te agarraba y el día de pago te cobraba lo que no habías adquirido.

Vamos al cine, decían los vecinos infantiles. En verdad, llegamos a las 5 de la tarde a los patios de la finca San Antonio. A un lado, La Rata y al otro, la casa donde dormían los hijos del dueño. Los fines de semana se iban a León o llegaban los sábados a pagar a los trabajadores. Aún ponían alambres a la

máquina que desde el fondo enviaba un chorro de luz sobre una sábana blanca.

No recuerdo el nombre de la película en blanco y negro: iniciaba con el hombre que en una sala de barco quiebra cinco vasos de vidrio con un tubo plástico. Luego, aparta la cortina, huye, y se lanza al mar y respira a través del tubo. Así permanece bajo el agua durante cierto tiempo respirando a través del tubo. Y nosotros sentados en el suelo disfrutando del cine en la finca. Esa fue mi primera película, pero años después no la he encontrado en internet para recrearme de nuevo.

DOS HOMBRES A CABALLO VESTIDOS DE VERDE OLIVO

El domingo en la mañana jugábamos en el patio Felipe Alfredo, Toño y yo. De pronto, vimos en el camino dos hombres montados a caballo, quienes vestían de verde olivo y con rifles en los hombros. Siéntense muchachos, les dije, mientras los guardias pasaban tranquilos, mirándonos. Los hombres no dijeron nada, pero pasaron con su cara empurrada sin decir adiós.

Me pareció extraño que dos hombres vistieran del mismo modo. Por primera vez miraba a los miembros de la guardia en una zona famosa porque cortaban la cabeza en las vendettas. Después supe que mi tío Nayo tenía un litigio con Domingo Arauz por una alambrada. Mi tío Nayo decía que el alambre iba al lado de la huerta de Domingo y este decía que al lado de la huerta de mi tío Nayo. Ese día pusieron el alambre al lado de la huerta de Domingo y los guardias vigilaban el trabajo.

HUGO BLANCO LLEGÓ CON EL ARPA A LA PIÑATA

Por esos días, un domingo en la tarde nos invitaron a una piñata a la casa de Domingo Arauz. Cumplía años Luisito el hijo de Mingo si no me equivoco o el otro. No supe quién quebró la piñata ni si recogí caramelos a la hora de la revoluta. Pero nunca olvidé las cumbias que tocaba Hugo Blanco con el arpa en su apogeo: la *Cumbia con arpa* sonó toda la tarde en la piñata y la grabé para siempre.

Hugo Blanco (Caracas, 25 de septiembre de 1940 - Ibídem, 14 de junio de 2015), el venezolano que ejecutaba el arpa magistralmente, se me quedó metido en mis recuerdos. La memoria infantil nunca olvida, aunque pasen los años. Nunca olvidé esa canción con arpa en los sonidos. Tanto me marcó la *Cumbia del arpa*, grabada en 1965, que años después le escribí un poema que he incluido en mi próximo libro de poesía: *La poesía es una palabra desnuda*.

El hombre del arpa

¿Qué hace el niño con el arpa?

Ve el *harpa*, huele el *harpe*, el arpa: el triángulo de cuerdas tensadas, verticales y paralelas con música...

Aprendiz ejecuta el 4 con púa y afinación diatónica:

47 cuerdas que tocan huesos como «Vals de Musetta».

Se llama Hugo Blanco, caraqueño: en vez de beberlo, molía el café en el estudio de grabaciones de Gonzalito.

¡No llegaba aún el «Caballo Viejo» de Simón Díaz!

Si llega nadie sabrá ni la llanera ni Joselo que va tras las gaitas... ¡Tira cuerdas a dos manos y es poco o nada!

Hugo: «La Chispita», la «Cumbia con arpa». «Chapoteando: el cielo se ha puesto gris», pero no olvido las piñatas-arpas.

Tenía 6 años y el arpa en las piñatas: el domingo de noche donde los Arauz, Las Marías, Hugo se metió en mis venas.

Telica, 05 de mayo de 2016.

EL ARROZ CON LECHE Y EL PAN

Un domingo mi madre hizo arroz con leche, porque nos gustaba a todos. Yo preferí siempre un vaso lleno de arroz con leche a cualquier otra cosa. La mota de atol de piñuela —motajatol— me gustaba, pero no tanto como el arroz con leche. El atol de maíz rosado o negro me agradaba, pero no abandonaba mi arroz con leche con cuchara de piñuela. El atolillo de maíz, el tiste hecho con tortillas viejas y el pozol de maíz nuevo fueron bebidas deliciosas que hacía mi madre.

Nunca olvidé que tiempo después a mi hermano y a mí nos gustaban los frijoles cocinados con azúcar. ¡Ricos! ¡Dulcitos! Los frijoles ya estaban cocinados, pero nosotros lo echábamos de nuevo a la cazuela. Luego le tirábamos dos o tres cucharadas de azúcar y removíamos unos minutos hasta hacer una melaza. Después sacábamos una buena vianda en un plato con tortilla y café negro. ¡Qué deliciosos los frijoles con azúcar! ¡Qué delicia más hermosa aquellos frijoles con azúcar!

Antes que mi madre sacara los vasos o las panitas llenas de arroz con leche bien caliente, cortábamos la hoja de piñuela en algún cerco de la casa. Le quitábamos las espinas y hacíamos la cuchara con que comíamos el arroz con leche. Aquellos trocitos de canela sobre el arroz parecían moscas atrapadas en la leche. Esas cosas eran parte de la tradición del arroz con leche en mi casa.

Ese domingo en la mañana comíamos con deleite arroz con leche en la casa. De pronto, vimos la camioneta cargada de pasajeros. Era mi tío Santiago que llegaba con su esposa Adilia y sus hijos a visitarnos. De regalo nos llevó bolsas de pan que comimos deliciosamente. Guardamos los vasos de arroz con leche y comimos pan dulce que eran alimentos que no comíamos muy a menudo.

EL TRACTOR JOHN DEERE Y LAS CULTIVADORAS

Heberto Herrera Meléndez, mi primo el chele, era el tractorista que cultivaba los algodones de la finca. Era el encargado de chapodar, arar, romplonear, sembrar y cultivar el algodón. A las dos de la tarde, ya grande las plantas, iba a cultivar el algodón con el John Deere, un tractor nuevo.

Yo lo esperaba al final del patio de la casa: me montaba y pasaba la tarde con mi primo montado a la par y agarrado del guardafangos. En ciertas ocasiones me dormía, pero luego me despertaba llorando y quejándome. Me había caído en mi pie descalzo uno de los tubos que subían y bajaban los implementos agrícolas. Fueron tardes increíbles montado en el tractor con mi primo Heberto.

Tiempo después, cuando estaban los cortes de algodón, llegaba doña Mercedes Herrera, quien le ayudaba a mi madre a cocinar la comida de los cortadores de algodón. También llegaba Jairo Herrera, mi otro primo, que se encargaba de anotar

los quintales de algodón que se cortaban. Nunca olvidé que yo sabía contar hasta 99 y después no sabía qué número seguía. Sigue 100 me dijo, Jairo. También ya conocía la A, la J, la Q y la K en las cartas de naipes con que jugábamos casino.

EL MOLINO DE CORNELIO JUÁREZ

El molino de Cornelio Juárez tenía dos cosas extrañas. Primero, porque para llegar a él se debía pasar por un lugar donde la tierra era blanca. Luego se doblaba a la derecha girando en semicírculo y desde la entrada se miraba el molino de banda. Segundo, porque desde el molino se veía la finca La Pelona que estaba en la cordillera occidental a más de mil metros de altura.

Mi madre tostaba un medio de maíz y le echaba pelotas de cacao con canela. Después le ponía el galápago al caballo y me iba al molino de Cornelio Juárez que quedaba a unos tres o cuatro kilómetros desde la finca de mi tío Bernardo Herrera Morales.

Desde la finca de mi tío partía hacia abajo sobre el camino hasta llegar donde los Narváez; luego giraba a la derecha sobre el camino arenoso que va hasta Las Grietas, la famosa hacienda donde el general Francisco Parajón derrotó a los conservadores que dirigía Alfredo Noguera Gómez; luego giraba a la izquierda en la propia subida de la pulpería de doña Esthela Ruiz; pronto llegaba a la tierra blanca y giraba a la derecha para llegar a través de una encajonada de árboles al molino.

Mi madre me recomendaba que no acercara a la banda del molino, porque era muy peligroso. Contaba que, en cierta ocasión, a una mujer de pelo largo, la banda del molino la atrapó del pelo y la fue enrollando hasta desnucarla, pues el molinista nunca pudo apagar a tiempo el motor.

Por esos días, quizás ya tendría siete años de edad, caía una ceniza blanca que venía desde el

volcán y nos caían en los ojos. La ceniza fina era llevada por los vientos hacia el norte y la recibíamos en el sector donde vivíamos. Después supe que el volcán Telica lanzaba la ceniza por una erupción.

Los jocotes guaturcos estaban muy cargados y sus frondas se veían verdear y rojear. Los chavalos nos subíamos a los árboles y cortábamos jocotes maduros. De pronto, llegó mi madre y nos exigió que nos bajáramos del jocote y no corriéramos por el patio. Estamos en Semana Santa, dijo muy seria, el Señor está en el suelo y si corremos los lastimamos. También nos bañábamos calladitos: agarrábamos agua con un guacal y nos echábamos agua en silencio por la Semana Santa.

6. El viaje a León, los zapotes, y mi madre se queda

Mi madre me llevó a León, pero antes visitábamos a la familia. Visitamos a la Antonia Parrales, la señora que cuidaba nuestra casa en Paso de lajas. Tenía la particularidad de vender frutas: por eso, cuando llegábamos a nuestra casa, no le gustaba que cortáramos una naranja. Y si no fueran más las naranjas, decía mi madre, me las cobrara la Toñoña como le decían a la señora.

Después pasábamos donde doña María del Tránsito Flores Parrales, la tía de mi hermana Emérita Ofelia, que aún soltera vivía con ella. Luego, pasábamos donde María Baudelia que ya estaba casada con Fidel Ríos y vivían a cien metros de doña María del Tránsito. Si había tiempo, saludábamos a mi tía Jacoba, Esmeralda, Gabriel y mi tío Sebastián, hermanos de mi madre.

La última estación, antes de irnos a León, era donde mi hermana Catalina. Ya estaba casada con Silvestre Sevilla Ramos y recién había nacido el 22 de septiembre de 1967 su primera hija: Digna Senelia

Sevilla Flores. Vivía con ella Arnulfo, mi primo, hijo de mi tía Jacoba, quien años después murió por un balazo que recibió en la frente en el prostíbulo El Perla en León.

Ya en León, lo primero era el Mercado de La Estación. Mi madre compraba las verduras, el queso, la carne, las semillas de no sé qué, las pastillas para no sé cuántos... En eso miré una pana de zapotes hermosos junto a otras frutas. Agarrado de la mano de mi mamá, le dije: cómpreme un zapato.

Mi madre no escuchó y siguió comprando. Yo, de nuevo, viendo los zapotes, le repetí: cómpreme un zapote. Mi madre tampoco escuchó nada y nos alejamos de la pana de zapotes.

Unos minutos antes de las 12, hora en que salía la camioneta hacia Las Marías, nos fuimos a montar para tener un lugar seguro y los sacos de compras acomodados. De pronto, mi madre se acordó que le faltaba algo y salió a buscarlo al mercado. Pasaron unos minutos y el conductor encendió la camioneta y mi madre no aparecía. La camioneta comenzó a salir despacio y mi madre no apareció.

Y nos fuimos alejando de la estación de León y mi madre no apareció por ningún lado.

En el trayecto a Las Marías me dormí y no supe que llegamos hasta Las Grietas y ni cuenta me di del viaje. A las dos de la tarde ya de regreso, la camioneta para guardarse en casa de Rosa Baca Velásquez, una parienta de mi madre, vi que allí estaba mi madre esperándome. Contó que vio al Chaparro, el chofer de Cosme Espinoza y se fue con él detrás de nosotros, pero no nos alcanzó.

Ya en la casa, mi madre repetía: ahora Pedro no molestó ni pidió nada. Se portó bien, repetía. ¿Cómo que no le pedí nada?, le interrogué, si pasé toda la mañana pidiéndole un zapote. En realidad, los zapotes siempre me encantaron tanto que ese día me soñaba comerme uno.

El Chaparro era un tipo bajito, blanco y panzón y conducía una camioneta mediana de barandas color amarillito suave. Le decían Machachinga por su tamaño bajito y por su color blanco. Muy de mañana llegaba a León con veinte pichingas de acero inoxidable cargadas de leche y ya de tarde regresaba a la finca San Antonio de los Espinoza. Por eso era muy común a veces encontrarlo en la ciudad distribuyendo la leche o comprando otros menesteres.

En otros de los viajes con mi madre esperamos el bus en el Caracol, como le decía al lugar situado del puente de Telica, unos cien metros al sur. Después de visitar a Catalina ahí esperamos el bus frente a donde vive la Sarita actualmente. Me cansé de ver los interlocales hacia Chinandega que eran unos carros largos con una antenita atrás que se doblaba con la velocidad del vehículo.

De pronto se apareció el Chaparro y le pedimos raid. Llevanos, le dijimos. No, dijo, yo voy hasta Cristo Rey. A Cristo Rey había más de medio camino adonde íbamos nosotros: unos veinte kilómetros. Nos fuimos con el Chaparro y nos bajamos en Cristo Rey, ya remojados por la lluvia.

Faltaban unos seis kilómetros y caminamos lo más rápido que pudimos: mi madre cargaba un saco con un mondongo y otras cosas. Nunca olvidé aquel: Apúrese mi muchachito, que repetía mi madre a cada rato. Después de mucho caminar llegamos a la casa de mi tío Rogelio quien vivía en Las Carpas con mi tía Alejandra, el mismo lugar donde habíamos vivido nosotros cuatro años atrás.

Mi tío Rogelio cargó el saco con el mondongo y ya de noche seguimos el camino. Ellos, adelante, y yo detrás sin ganas de caminar. De pronto escuchamos unos aullidos en la lejanía y la oscuridad. Esos son los coyotes, dijo mi tío Rogelio. Apúrese, mi muchachito, repetía mi madre, antes que vengan los

coyotes. A las ocho llegamos a la casa ya muy cansados de tanto caminar. Agarrá el mondongo, le dijo mi madre a mi hermana Virginia Elena. No, dijo ella, ese animal me pica. Todos nos reímos por el miedo que les tenían a las tripas del tubo digestivo de la vaca.

EL MAÍZ BUENO Y EL MALO EN LA MISMA HUERTA

En 1968 ya tenía ocho años de edad y aún no sabía leer ni escribir ni sabía qué era una escuela. Cuando iba al molino de Cornelio Juárez pasaba cerca de la escuela de Las Marías. La escuela estaba antes de llegar a la tierra blanca. Mi madre ni mi padre nunca nos hablaron de la escuela.

El año anterior, mi padre había sembrado dos manzanas de algodón y dos de maíz. Mi tío Nayo le habilitaba los productos: la semilla, los fertilizantes y los insecticidas. Al final de año, después de la cosecha, pagaba las deudas y luego sabía de su ganancia. Siempre fue así: era parte del acuerdo.

En 1967 ocurrió algo extraño e inexplicable en la vida. A mi tío Nayo le fue muy mal en la cosecha. El algodón había producido muy poco; el maíz también. No me explico cómo dos manzanas de tierra sembradas de maíz con la misma semilla, el mismo tractor, el mismo abono, y el mismo día, había crecido más y estaban frondosas y bien cargadas. Las otras manzanas de maíz, no.

Las dos manzanas de mi padre estaban muy crecidas y bien cargadas de elotes dentro de un total de seis. El maíz de mi tío Nayo no: estaba pequeño y amarillo y pocos elotes. Mi tío se rascaba la cabeza y no comprendía ni nunca comprendió por qué las dos manzanas de maíz de mi padre eran diferentes a las suyas. Ese año tuvo una cosecha terrible tanto de algodón como de maíz.

A la hora de hacer cuentas con mi padre le cobró todo y hasta el alquiler de la tierra. Dijo que le había ido mal y no era posible que mi padre no le pagara habiéndole ido tan bien en la cosecha. Mi padre se enojó mucho, porque le dijo que ese no era el acuerdo por el que él había llegado a la finca.

No hay problema, primo, le dijo mi padre, páguese todo; pero mañana mismo quiero que me lleve a Paso de Lajas. ¡Cómo se va ir, primo, y me va a dejar botado!, dijo mi tío. Sí, primo, le dijo mi padre, quiero que mis hijos vayan a la escuela. Tal vez fue una mentira lo de la escuela para salirse de la finca, pero al año siguiente se hizo realidad en la escuela de Paso de Lajas.

DE NUEVO AL CAMIÓN QUE REGRESA AL PRINCIPIO

El camión Ford plomo de Aníbal Herrera llegó temprano a traernos a mediados de año de 1968. Lo cargamos de cachivaches: igual que hace cinco años atrás, cuando salimos de Paso de Lajas. Apenas imagino el camión con barandas cargado con sacos llenos de trapo, algún cofre, sillas viejas, mesas, tijeras, máquinas de moler maíz, el medio para medir maíz, los machetes, las escobas, las palanganas, las ollas, los platos, las cucharas, la plancha de carbón o de hierro. Es decir, lo mismo de 1963.

Mi tío Nayo andaba por ahí en el patio, viendo de lejos y de cerca, cómo el camión de su sobrino Aníbal, cargaba los maritates en nuestro regreso. No soportaba el cacareo de las gallinas de Ruth, la vecina que vivía al lado debajo de la finca. Incluso, el tractor modelo Internacional Tractor De Farmall que ese año chapodaba el algodón, se le habían ponchado varias veces las llantas delanteras. Ahora el tractor andaba solo una llanta adelante y así chapodaba el algodón de mi tío.

Quizás serían las 9 de la mañana cuando salimos de la finca de mi tío. Salimos frente a la pista de aterrizaje de la finca San Antonio de Cosme Espinoza y tomamos el camino rumbo a Aguas Calientes, la finca de los Castillo que se ubicaba a la orilla de la carretera que llevaba por el Olocotón, San Ignacio, San Isidro, hasta llegar a la carretera de la Mina El Limón y salir a la carretera León-San Isidro para después pasar por San Jacinto rumbo a Telica y de ahí a Paso de Lajas.

De nuevo me sentí en tierra extraña a pesar de que era la mía, la de mi ombligo. Nos vinculamos con los otros primos y después supe que mis hermanas mayores no eran mis tías sino mis hermanas. En la casa comimos naranjas sin que la Toñona se molestara, pues ya se había ido molesta por el regreso de la familia a nuestra casa que ella sentía como suya. Ya de nuevo en Paso de Lajas.

7. A los nueve años conocí la escuela y la poesía

A principios de 1969 fui por primera vez a la escuela que era la casa de don Narciso Arbizú. Era una casa forrada con tablas pintadas con cal y puertas rosadas. Al frente tenía un jardín con muchas plantas y un árbol de naranjo en el centro. Al lado abajo estaba el pozo y una pila de agua. Hacia arriba estaba el nispero que tenía mucha sombra y allí formábamos antes de entrar a la escuela. Al fondo de la casa estaba el palo de mamón con hermosas frutas que cortábamos a escondidas.

En la sala de la casa estaban dos mesones grandes con bancas en sus orillas. Al fondo una pizarra que la maestra usaba con tizas blancas y de colores para los subrayados. El grupo era multigrado: alumnos de primero, segundo, tercero y cuarto grado en una sola sala. No sé cómo hacía la maestra Cristina para atendernos a todos

adecuadamente. A veces se quedaba con alguno revisando la lectura en receso, tal como ocurrió una mañana con Filiberto Delgado Solís: Él decía: pero, perro, porro, puro... No, repetía la maestra, así no es.

Allí estaban mis hermanas: Evelia y Elena; mis primas hijas de tío Sebastián: Georgina, Esther, María y Guillermo; mis primos hijos de tía Jacoba: Olivia, Juana, Freddy, Mario y Crescencia; mis primas hijas de tía Esmeralda: Aura Lila, Cruz María; Rodrigo; mis primos hijos de tío Gabriel: Rosalío, Armando, el que me contó después todos los cuentos de Tío Coyote; Edgard y Flavio; mis primos hijos de tía Angélica: Antonio, Felipe, que después convertí en Serenito, y Eva Simona. También conocí a Ernestina y Lucrecia Grillo que vivían cerca del puente.

Allí conocí a Zayra y Ronald Arbizú Arauz, hermanos de la maestra; a Carlos Canales que vivía por el puente; a Francisca, Fernando, Gladys y Liliana Canales Rodríguez; a las hermanas Salgado que venían de Las Mercedes. A Rafaela, Gloria, Leonel, José y Felipe Juárez Canales, a quien le decían el poeta, pues declamaba versos que inventaba. También llegaba Valentina, Dionisio y Silvestre Ríos Álvarez; Arsenio, Antonio y Aníbal Areas Canales; Mayra, Hazel y Paulino Areas.

Para mí resultó extraño que el primer contacto con la poesía lo haya tenido a través de los versos que declamaba el niño Felipe Juárez Canales, hijo de don Pío Juárez y Margarita Canales. A la hora de receso se formaba un grupo de chavalos y en el centro Felipe declamaba de forma espontánea.

Me agradaba escucharlo y le envidiaba su poesía espontánea y declamada. Era un niño inteligente y creativo. Felipe Juárez Canales llegará muy largo con sus versos sencillos e interesantes para un niño de su edad. El poeta se malogró. Aún recuerdo parte de uno de sus poemas improvisados:

Alejandro Chavarría,
Chavarría, Chavarría,
al pobrecito se le miran las costillas.

El segundo contacto con la poesía –y lo menciono, porque no sabía que me llegaría a gustar tanto después– ocurrió en septiembre para las fiestas patrias. Mi amada maestra de primeras letras, Cristina Arbizú Arauz, me pidió que declamara un poema para celebrar la fecha del 14 de septiembre. Apenas recuerdo los versos primeros, que declamé más con miedo que alegría:

¡El 14 de septiembre
que gratos recordamos
y por todos anhelamos
la lucha de los héroes!

En el primer grado pasaron cosas extraordinarias y risibles. Nunca olvidé como me llegaron las vocales a pesar de que ya conocía la A de los naipes. La maestra Cristina las escribió en la pizarra: a – e – i – o – u. Luego me preguntó: ¿Qué letra es esta?, señalándome la e. Yo, seguro de mí mismo, le respondí con toda claridad: ese un 9 maestra. Todos se rieron a carcajadas con burlas.

Ese hecho se quedó grabado en mi mente y nunca lo olvidé. El 03 de febrero de 1993 escribí el cuento *Primer día de clases* que se publicó en *Serenito* y allí cuento la historia de la e parecida al 9. Allá en Las Marias habíamos jugados el casino con naipes y allí aprendí el 9 y los demás. *La musa* es otro cuento de *Serenito* que le dediqué a mi profesora Cristina por sus ojos hermosos.

Ella siempre me quiso mucho y si faltaba a clases preguntaba por qué me ausentaba de clases. Muchos años después, en una visita que le hicimos a la casa de su padre, donde había sido la escuela, le pregunté: ¿Se acuerda que aquí me pegó dos reglazos? ¡No me acuerdo!, me dijo apenada.

Mi maestra Cristina Arbizú Arauz fue muy buena conmigo. Muchas cosas que ahora sé las aprendí con ella: aprendí a barrer y ser aseado; aprendí a ser disciplinado y buscar la superación; aprendí a cantar con los cantos de la Purísima; sobre todo, aprendí a leer y escribir con ella.

Nunca olvidaré *El Sembrador* mi primer libro leído. Me lo aprendí al derecho y al revés. Y ya lo he contado: mi padre, que no sabía leer, estaba orgulloso de que yo sabía leer. Cuando llegaba una de mis tías, le decía: ¡Ya Pedro sabe leer! Andá traé el libro y lee. Y yo leía todo el libro de principio a fin. Al rato llegaba otra tía o algún amigo o pariente y repetía lo mismo. Por eso he dicho, mi padre que no sabía leer, me volvió lector de tanto leer el mismo libro a tanta gente.

En diciembre de 1969 la profesora Cristina Arbizú Arauz nos entregó las notas finales. Todos los chavalos estaban muy contentos y felices con sus notas. Todos, menos yo, a pesar de que mis notas tenían más de 9. En las notas de ahora, serían: *Artes del lenguaje: 96; Estudios Sociales: 93; Actividades Especiales: 95; Matemáticas: 92; Estudio de la Naturaleza: 94; Conducta: 100.*

En la esquina superior derecha del documento había una frase que decía: «Sobresaliente». ¿Qué era eso de sobresaliente? ¿Por qué solo a mí me lo pusieron y al resto no? Ahora que llegue a la casa mi madre me castigará, pensaba yo. Y anduve de un lado a otro revisando las notas de los compañeros. ¿Quiero ver la tuya? ¡Nada! ¿Quiero ver la tuya? ¡Tampoco! ¡Solo a la mía le pusieron esto!

Por suerte me encontré con mi hermana Evelia que vio mi preocupación. ¿Qué te pasa?, me preguntó. Y yo, con la inocencia más grande del mundo, le respondí. ¡Es que me le pusieron esto! ¡Quiero ver?, me preguntó, quitándome el papel. ¡Baboso, me dijo, eso significa que saliste bien!

Sentí un gran alivio y por fin gocé y sentí la alegría de obtener una buena nota. Los que siempre han obtenido buenas notas saben que las buenas notas no siempre resultan de que uno haya hecho grandes cosas. A mí me ha pasado así: la última vez que obtuve una buena nota fue hace diez años en mi maestría. Yo no hice nada extraordinario, pero mis notas resultaron las más altas.

Ese día con mi nota de mi primer grado en mis manos llegué feliz a mi casa sabiendo que mi madre no me regañaría por mis notas excelentes. Nada grandioso había hecho, pero mis notas habían resultado las más altas del grupo de primer grado. ¡Empezaba a ser feliz!

Telica, 08 de abril de 2020.